

fo, del submarino y de las astronaves, si bien era una simpática audacia y en algunas obras una sorprendente anticipación, traía implicado un peligro, el de quedarse anticuado por el propio progreso científico. En cambio el relato de la célebre «Hispaniola», de Robert L. Stevenson, no pasará nunca de moda, porque pertenece a un mundo ido, fenecido, el mundo de los barcos de vela. Y conservará siempre su frescor, aparte del hecho de que Stevenson fué un estilista del inglés mientras Verne no lo fué del francés.

Ello nos lleva a considerar la vigencia de algunos valores, extracircunstanciales, en los libros de acción para la juventud. Hay unos móviles, y unos caracteres generales que tientan a los autores, pero que entrañan un desenfoque de la misión formativa que hay que exigir de todo libro para la juventud: me refiero a la presentación de caracteres «buenos» y «malos». En la vida no hay caracteres buenos y malos, y sólo en la esquematización del cuento infantil de hadas le hallo, personalmente, justificante a su aparición. En la novela estructurada, de incidentes y con personas reales, no. Por ello la tendencia moderna es describir personajes con defectos, pero en modo alguno arquetipos, que conducirían por otra parte al terreno de la farsa.

EL LIBRO INFANTIL EN ESPAÑA

En nuestros medios, el libro infantil goza de la difusión que era de esperar en cuanto a los clásicos, pero por desorientación de los padres y de los educadores de un lado y por inhibición de las firmas valiosas por otro, no se escriben novelas nuevas para la juventud. Desecho ya desde un principio de un modo general la llamada novela de quiosco, si bien podrían hacerse algunas excepciones merecidas. Y me refiero al libro-libro, al volumen atractivo, y con contenido, de cierta densidad. Ello es más un reproche que una queja, porque personalmente he tenido suerte en la difusión de mis libros: pero no puedo dejar de pensar en lo mucho que de literatura infantil se escribe fuera—tengo ante mí catálogos alemanes e ingleses—y el cuidado que ponen editoriales, centros de enseñanza, y asociaciones de lectura en difundir y alentar a los buenos autores, a quienes más aguzan el ingenio para lograr llegar al alma infantil con simpatía y eficacia. Frente a ello, la apatía con que se enfoca aquí la difusión del buen libro infantil, resulta inexplicable. Pero más inexplicable todavía es la extensión que cobra el mal libro infantil, el refrito de «Digests» de aventuras, o el libro de la llamada «science fiction», o novela científica, con sus laboratorios fabulosos, sus astronaves y sus radiaciones cósmicas.

LA CULPA LOS PADRES.—Indudablemente, después de haberlo pensado bien, me inclino a hacer recaer la culpa de la situación del libro infantil en nuestro país a los padres, básicamente, y a los educadores luego. Los padres resuelven la situación comprando a sus hijos aquellos libros matusalénicos que ellos ya leyeron. No se molestan en leer los nuevamente aparecidos. El campo, así, resulta harto limitado. En cuanto a los educadores están en contacto con editoriales más o menos especializadas, y por toda recomendación tienden un catálogo al consultante.

No, si lo pensamos bien, manejamos con demasiada ligereza el concepto de literatura infantil. Y es una falta grave, porque de ella pueden surgir deformaciones en los espíritus de mañana. Los esfuerzos realizados hasta hoy para encauzar la literatura infantil en nuestro país en moldes de recta eficacia, han adolecido de ñoñez o de desorientación. Esperemos que, entre medidas oficiales, y esfuerzos privados se remedie la situación. Por de pronto, se anuncia una acción oficial de saneamiento de las obras importadas y adaptadas. Pero que sea pronto, por favor.

J. V. A.